

8. LA FIESTA TIEMPO PARA LA FAMILIA

A. Canto y saludo inicial

B. Invocación del Espíritu Santo

C. Lectura de la Palabra de Dios

«Así fueron terminados el cielo y la tierra, y todos los seres que hay en ellos. El séptimo día, Dios concluyó la obra que había hecho, y cesó de hacer la obra que había emprendido. Dios bendijo el séptimo día y lo consagró, porque en él cesó de hacer la obra que había creado. Este fue el origen del cielo y la tierra, cuando fueron creados. (**Gn** 2, 1-4a)

«Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos; pero el día séptimo es día de descanso para el Señor, tu Dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad. Pues en seis días el Señor hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo el Señor el día del sábado y lo hizo sagrado. (**Ex** 20, 8-11).

D. Catequesis bíblica

1. El séptimo día de la creación. El hombre moderno ha creado el tiempo libre y ha perdido el sentido de la fiesta. Es preciso recuperar el sentido de la fiesta y, en particular, del domingo, como «un tiempo para el hombre», es más, un «tiempo para la familia».

Volver a encontrar el corazón de la fiesta es decisivo también para humanizar el trabajo, para darle un significado que no lo reduzca a ser una respuesta a la necesidad, sino que lo abra a la relación y al compartir: con la comunidad, con el prójimo y con Dios.

El séptimo día es para los cristianos el «día del Señor», porque celebra a Cristo resucitado presente y vivo en la comunidad cristiana, en la familia y en la vida personal. Es la pascua semanal. El domingo no rompe la continuidad con el sábado judío, al contrario, lo lleva a cumplimiento. Por tanto, para comprender la singularidad del domingo cristiano es necesario referirse al sentido del mandamiento del sábado. Para santificar la fiesta, según el mandamiento, el pueblo de Dios debe **dedicar un tiempo reservado a Dios y al hombre**. En el Antiguo Testamento el séptimo día de la creación y la ley de santificar el sábado están fuertemente entrelazados. El mandamiento del sábado, que reserva un tiempo para Dios, custodia también su intención de crear un tiempo para el hombre.

Después de la obra de los seis días, el descanso es el **cumplimiento de la obra creadora de Dios**. En el primer día Dios establece la medida del tiempo con la alternancia de noche y día; en el cuarto día Dios crea los luceros, el sol y la luna, para que «valgan de señales para solemnidades, días y años» (**Gn** 1, 14), en el séptimo día Dios «cesa de toda la labor que hiciera». El inicio, el centro y el final de la semana de la creación están marcados por el tiempo, que tiene su fin en el día de Dios. El séptimo día es el momento del descanso y

comunica la bendición a toda la creación. No sólo interrumpe la actividad humana, sino que da la fecundidad conectada con el descanso de Dios. De este modo el culto y la fiesta dan sentido al tiempo humano. A través del culto, el tiempo pone al hombre en comunión con Dios y Dios entra en la historia del hombre.

El séptimo día custodia el tiempo del hombre, su espacio de gratuidad y relación. La **fiesta como «tiempo libre»** se vive hoy en el marco del «fin de semana» que tiende a dilatarse cada vez más y asume características de dispersión y de evasión. El tiempo del fin de semana, particularmente agitado, sofoca el espacio del domingo. En lugar del descanso, se privilegia la diversión, la huida de las ciudades, y esto influye en la familia, sobre todo si tiene hijos adolescentes y jóvenes. Le cuesta encontrar un momento doméstico de serenidad y de cercanía. El domingo pierde la dimensión familiar: se vive más como un tiempo «individual» que como un espacio «común». El tiempo libre a menudo se convierte en un día «móvil» y corre el riesgo de dejar de ser un día «fijo» para adaptarse a las exigencias del trabajo y de su organización.

No se descansa sólo para volver al trabajo, sino para hacer fiesta. Es oportuno, más que nunca, que las familias redescubran **la fiesta como lugar del encuentro con Dios y de la proximidad recíproca**, creando el clima familiar sobre todo cuando los hijos son pequeños.

El clima que se vive en los primeros años de la casa natal queda grabado para siempre en la memoria del hombre. También los gestos de la fe en el domingo y en las festividades anuales deben marcar la vida de la familia, dentro de casa y en la participación en la vida de la comunidad. «No es tanto Israel que ha custodiado el sábado, –se ha dicho– sino que es el sábado que ha custodiado a Israel». Así, también el domingo cristiano custodia a la familia y a la comunidad cristiana que la celebra, porque abre al encuentro con el misterio santo de Dios y renueva las relaciones familiares.

2. El mandamiento de santificar el sábado. El tercer mandamiento del decálogo **recuerda la liberación de Egipto, el don de la libertad** que constituye a Israel como pueblo. Es un «signo perenne» de la alianza entre Dios y el hombre, del cual participa toda existencia, incluso la vida animal. Participa también la tierra (que tiene su descanso en el séptimo año) y toda la creación (el jubileo, el sábado de los años) (**Lv** 25, 1-7 y 8-55). El sábado del decálogo, por tanto, tiene un significado social y liberador. El mandamiento no está motivado sólo con la obra creadora, sino también con la acción redentora: «Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto y que el Señor tu Dios te sacó de allí... El Señor tu Dios te ha mandado **guardar** el día del sábado» (**Dt** 5, 15). Obra de la creación y memorial de la liberación van unidas.

«Guardar el sábado» significa llevar a cabo un «éxodo» para la libertad del hombre, pasando de la «esclavitud» al «servicio». Durante seis días el hombre servirá trabajando duro, pero el séptimo cesará el trabajo servil a fin de que pueda servir en la gratitud y en la alabanza. El sábado, por tanto, nos arranca del servicio/esclavitud para introducirnos en el servicio/libertad.

En la Liturgia encontramos una estupenda oración (oración **sobre las ofrendas del XX Domingo**) que nos puede ayudar a encontrar de nuevo la **fiesta como cumplimiento del trabajo del hombre**: «Acepta, Señor, nuestros dones, en los que se realiza un admirable intercambio [entre nuestra pobreza y tu grandeza], para que, al ofrecerte lo que tú nos diste, merezcamos recibirte a ti mismo».

El texto invoca el prodigioso encuentro entre nuestra pobreza y la grandeza de Dios. Este intercambio se realiza en el encuentro entre el trabajo y la fiesta, entre la dimensión «productiva» y la dimensión «gratuita» de la vida. En casa y en la comunidad cristiana, la familia experimenta la alegría de transformar la vida de todos los días en liturgia viva. En la oración en casa, la pareja prepara e irradia la celebración litúrgica festiva. Si los hijos ven que los padres rezan antes que ellos y con ellos, aprenderán a rezar en la comunidad eclesial.

3. La oración de las ofrendas, que acabamos de recordar, concluye así: **merezcamos recibirte a ti mismo**. La invocación pide a Dios no sólo la salud, la serenidad, la paz familiar, sino nada menos que su persona. El sentido de la fatiga de los días laborables es transformar nuestro trabajo en ofrenda agradable, como reconocimiento de los dones que hemos recibido: la vida, el cónyuge, los hijos, la salud, el trabajo, cada caída y cada nuevo inicio en nuestra existencia.

La libertad cristiana consiste en la liberación del hombre del trabajo y en el trabajo, a fin de que quede libre para Dios y para los demás. El hombre y la mujer, pero sobre todo la familia, deben inscribir en su estilo de vida el sentido de la fiesta, para vivir no sólo como sujetos en la necesidad, sino como comunidad del encuentro.

El **encuentro con Dios y con el otro es el corazón de la fiesta**. La comida del domingo, en casa y con la comunidad, es distinta de la de cada día: la de cada día sirve para sobrevivir, la del domingo para vivir la alegría del encuentro. La comida festiva es tiempo para Dios, espacio para la escucha y la comunión, disponibilidad para el culto y la caridad. La celebración y el servicio son las dos formas fundamentales de la ley, con las cuales se honora a Dios y se acoge su don de amor: en el culto Dios nos comunica gratuitamente su caridad; en el servicio el don recibido se convierte en amor compartido y vivido con los demás. El **dies Domini** debe convertirse también en un **dies hominis**. Si la familia se acerca a la fiesta de este modo, podrá vivirla como el día «del Señor».

E. Escucha del Magisterio

La familia que sabe suspender el flujo continuo del tiempo y se toma un descanso para hacer memoria con agradecimiento de los beneficios que ha recibido de su Señor se entrena a entrar en el descanso de Dios. La familia llamada a descansar en el Señor sabe reorientar la dispersión de los días hacia el día de la gratitud. Sabe convertir la espera de los días en la única espera del Día del Señor. Vuelve como el leproso curado para dar gracias a su Señor, para la salvación de todos. Con la insistencia de su intercesión abrevia el tiempo de la espera del octavo día, para el cual el Esposo promete a la esposa: «Sí, vengo pronto». Amén. ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22, 20).

Recuerda el día del sábado

El mandamiento del Decálogo con el que Dios impone la observancia del sábado tiene, en el libro del Éxodo, una formulación característica: «Recuerda el día del sábado para santificarlo» (**Ex** 20, 8). Más adelante el texto inspirado da su motivación refiriéndose a la obra de Dios: «Pues en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo el Señor el día del sábado y lo hizo sagrado» (**Ex** 20, 11). Antes de imponer algo que hacer el mandamiento señala algo que recordar. Invita a recordar la obra grande y fundamental de Dios como es la creación. Es un recuerdo que debe animar toda la vida religiosa del hombre, para confluir después en el día en que el hombre es llamado a descansar. El descanso asume así un valor típicamente sagrado: el fiel es invitado a descansar no sólo como Dios ha descansado, sino a descansar en el Señor, refiriendo a él toda la creación, en la alabanza, en la acción de gracias, en la intimidad filial y en la amistad esponsal.

El tema del «recuerdo» de las maravillas hechas por Dios, en relación con el descanso sabático, se encuentra también en el texto del Deuteronomio (5, 12-15), donde el fundamento del precepto se apoya no tanto en la obra de la creación, cuanto en la de la liberación llevada a cabo por Dios en el Éxodo: «Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto y que el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y brazo poderoso; por eso el Señor tu Dios te ha mandado guardar el día del sábado» (**Dt** 5, 15).

Esta formulación parece complementaria de la anterior. Consideradas juntas, manifiestan el sentido del «día del Señor» en una perspectiva unitaria de teología de la creación y de la salvación. El contenido del precepto no es pues primariamente una interrupción del trabajo, sino **la celebración de las maravillas obradas por Dios**.

En la medida en que este «recuerdo», lleno de agradecimiento y alabanza hacia Dios, está vivo, el descanso del hombre, en el día del Señor, asume también su pleno significado.

Con el descanso el hombre entra en la dimensión del «descanso» de Dios y participa del mismo profundamente, haciéndose así capaz de experimentar la emoción de aquel mismo gozo que el Creador experimentó después de la creación viendo «cuanto había hecho, y todo estaba muy bien» (**Gn** 1, 31).

[**Dies Domini**, 16-17]

F. Preguntas para la pareja de esposos y para el grupo

PREGUNTAS PARA LA PAREJA DE ESPOSOS

1. ¿Cómo vivimos el estilo del domingo en nuestra familia?
2. ¿Nuestro domingo es un día de «descanso en el Señor»?
3. Para la Biblia la fiesta es tiempo de libertad interior, de escucha recíproca y de proximidad familiar: ¿Cómo es el clima doméstico en el día del domingo?
4. El encuentro con Dios y con el otro es el corazón de la fiesta: ¿nuestro domingo pone verdaderamente en el centro la celebración de Dios y el tiempo para los demás?

PREGUNTAS PARA EL GRUPO FAMILIAR Y LA COMUNIDAD

1. ¿Cuáles son en la sociedad actual los estilos de vida de la fiesta y del tiempo libre?
2. ¿Qué experiencias proponen las comunidades cristianas para vivir el domingo como un tiempo para Dios y para los demás?
3. La parroquia y los grupos eclesiales ayudan a «celebrar el domingo»: ¿Qué iniciativas se pueden poner en marcha?
4. ¿De qué modo la celebración dominical puede convertirse en la «zarza ardiente» que ayuda a encontrar de nuevo el sentido de Dios?

G. Un compromiso para la vida familiar y social

H. Preces espontáneas. Padre Nuestro

I. Canto final